

# A veces prosa

## La biblioteca y la conversación

Adolfo Castañón

Cada libro es como una cita, una promesa de cohabitación mental y convivencia, una conversación, un proyecto de vida, una promesa, un adorno mental. Las actas del simposio sobre *La mitología del cerdo. Las figuras de la biblioteca en la imaginación del siglo de oro español*, los *Poemas completos* de D.H. Lawrence; los *Diarios* de M.F. K. Fisher —la ensayista usamericana que escribe sobre cocina y vida cotidiana—, el libro sobre *Europa* de Lucien Fevre, los ensayos de Germán Arciniegas o la prosa de Paul Celan. El comprador de libros no sólo los adquiere para leerlos sino, por supuesto, para tenerlos, para saber que los puede leer. Entro y salgo de las librerías con un sentido de culpabilidad o de extrañeza: estoy aquí, por fin, estoy aquí, me digo, antes he visitado las librerías con los ojos del sueño y de la mente. También me siento un intruso: ¿Qué hago aquí? ¿Por qué he venido a cumplir este ritual de absurdo? ¿Por qué estos autores —digamos Michel de Montaigne, George Steiner o Paul Valéry— me son más cercanos y preciosos y más próximos que algunos miembros de mi familia, que mis conocidos, vecinos y amigos? ¿Por qué despilfarro fortunas en llevarme estos libros?

Un libro es una cita, una conversación, un libro lleva a otro: precisamente por eso en cada uno están presentes y ausentes los demás. Atravieso una glorieta, y me doy cuenta de que yo mismo soy un crucero. Camino por el puente pero, ¿no soy yo mismo un puente? ¿Qué es un puente? Un puente no está en ninguna orilla y sin embargo une las dos; no es el agua pero la atraviesa. Un puente está hecho para pasar. Nadie vive en un puente —aunque algunos pordioseros duerman bajo sus arcos. Un crítico literario, un ensayista, es un espectador que ha hecho de su gusto por

mirar un espacio. Es una persona-terrazza. Quizá los libros que compra son la materia prima para elevar ese mirador.

Libros: flechas y señales. A fuerza de reunir libros, se crea una biblioteca. Algo así como un panteón o una ciudad mental. Y es cierto: los suburbios, las *banlieu* devoran las ciudades contemporáneas, las interminables manchas urbanas. El origen literal de estas palabras es un buen auxiliar: *banlieu*: lugar donde viven los proscritos, lugar de proscripción: *ban-lieu*; suburbio: la ciudad de los inferiores, la población de los subsuelos, de los de abajo. La biblioteca-ciudad no escapa a estas connotaciones: lo ilegible crece, ay de aquellos que llevan lo ilegible en su corazón.

El ruido impide leer. Un libro es, ¿quién no lo sabe?, una bomba en silencio. Una biblioteca y un muro aislante se parecen

mucho; el papel funciona como el corcho: aísla el ruido. Así, la biblioteca está fuera de la historia o, al menos, se pone al margen de ella, la acepta a condición de transcribirla.

Se admiten periódicos, revistas y, ¿por qué no?, discos con música grabada. Incluso cabría aceptar discos con ruidos —como en la narración de George Steiner: “Desert island disc” (1992), a condición de que estén clasificados y organizados, claro, en función de un discurso subyacente que los eleve la categoría de documento, parte de un código. O sea que el libro en última instancia no existe y es sólo una actitud. La actitud que lleva a contar historias y a oírlas, a conversar. **U**

